

El río y el cazador

Rafael Cruz Durán

Como si de Jorge Manrique fuera el caso, Charles Laughton consiguió en su única película llegar a la maestría de explicar la propia existencia humana de una manera inquietante y desesperanzadora. Una existencia que empieza y termina de la misma forma. Puede que nuestras vidas sean esos ríos que van a dar a la mar, pero pocas veces se llega a plasmar este sentimiento de una manera tan simbólica y representativa en un film de este calibre.

En este escrito queremos plasmar una visión bastante particular de la mítica película protagonizada por Mitchum. Una película que en estas líneas articularemos con un único eje central: el río, elemento que consideramos una pieza clave en la articulación de este relato.

Al principio del discurso audiovisual nos encontramos con un río calmado, un río tranquilo. El chico coprotagonista del largometraje ha perdido a su padre, pero al menos su vida sigue teniendo un rumbo, una cierta estabilidad emocional. Justo con la llegada de Harry Powell al tranquilo pueblecito es cuando este río en calma comienza a tomar un cariz distinto: revuelto, agitado. El sentimiento de intranquilidad de John se ve reflejado en estas aguas, intercalándose con las tomas del propio reverendo o de su madre, dejándose claro los elementos agitadores y corruptores de esta inicial tranquilidad.

El río se muestra de esta manera como el elemento que nos adelanta lo que ocurrirá en el film constantemente. Pasamos de un río límpido, sereno, a uno embarrado y contaminado. De un pensamiento sin preocupaciones a un fuerte sentimiento de confusión y congoja.

Uno de los mayores puntos de inflexión de la película se puede encontrar en la huida de John y Pearl Harper. Concretando más este punto que mencionamos, tenemos que seleccionar una secuencia concreta de esta persecución: el desligamiento final del reverendo por parte de los niños en el río. Hasta este momento no habíamos visto ese río turbulento y embarrado, pudiéndose observar incluso en los pasos de los diferentes personajes sus dudas y miedos.

Posteriormente vemos como el río continua con su bravura y enfurecido cauce, llegando a un punto de tranquilidad y serenidad de nuevo. Volvemos a estar en el inicio, convirtiéndose este momento en el comienzo del desenlace de la trama. La

llegada de los hermanos al nuevo hogar da seguridad a los Harper, siendo a partir de este momento innecesaria la figura del río, debido a su estabilidad. Aun así, podremos ver su constante omnipresencia en la película, apareciendo a lo lejos de manera constante y estable.

De esta forma, el río se vuelve en casi un nuevo personaje que exterioriza y clarifica lo que John no puede expresar con palabras, reforzando y ejemplificando cómo la vida empieza y acaba de la misma forma. Al fin y al cabo, como dijo Manrique:

[...]Nuestras vidas son los ríos

que van a dar en la mar,

que es el morir; [...]